

michoacana y los centros mineros de San Luis Potosí y Zacatecas, que fueron el núcleo de la vida política y económica novohispana. Después de la independencia, las "regiones nucleares" se convirtieron en defensoras del centralismo y decayeron política y económicamente, mientras que las "regiones periféricas" fueron defensoras del federalismo e iniciaron su expansión (pp. 217-228). Este esquema se debería matizar, pues no considera la tradición autonomista de las provincias novohispanas, reforzada por la constitución gaditana a fines del virreinato, que en el periodo independiente se transformó en una lucha de aquéllas por el federalismo. Entre las provincias del virreinato que Tutino considera "nucleares" hubo en la época independiente fuertes defensoras del federalismo, como Michoacán, Jalisco y Zacatecas. Además, el caso zacatecano muestra que después de 1821 hubo expansión económica en lo que fue una "región nuclear".

Las investigaciones regionales contribuirán a pulir algunos de los esquemas de interpretación que nos ofrece este libro, que indudablemente es una importante contribución a la historia social comparada de México. Nos ofrece un modo innovador de hacer historia en el que resalta también la inteligente utilización de fuentes secundarias y sugiere estudios en la historia social, política y económica, así como en otras disciplinas sociales.

Mercedes de VEGA
El Colegio de México

Martaelena Negrete: *Relaciones entre la Iglesia y el Estado en México 1930-1940*. México, El Colegio de México-Universidad Iberoamericana, 1988, 347 pp.

El libro de la doctora Martaelena Negrete nos introduce en un problema historiográfico de gran actualidad y no menor relevancia. Se trata de un extenso análisis de los factores internos y externos que condicionaron el comportamiento de la Iglesia y los grupos católicos en la década de los años treinta. Década que, como la autora lo demuestra, sirvió de intersección entre la Iglesia intransigente que culminó en la Cristiada (1929) y la Iglesia conciliadora que, a partir de 1940, desarrolló un papel diferente en la sociedad mexicana. Frente al decenio anterior, tan rico en contradicciones y por lo mismo tan atractivo para el historiador de la Iglesia, la década siguiente bien pudiera parecer de poca importan-

cia. Sin embargo, la autora logra rescatar el sinuoso camino que siguieron las relaciones entre la Iglesia y el Estado en México, con materiales historiográficos de primera mano. De modo que logra sistematizar, ordenar y explicar atinadamente una etapa que no fue menos importante en la historia mexicana.

El texto se divide en dos grandes partes. La primera se denomina "Historia de un proceso". En ella, la autora hace un análisis cronológico del modo como trataron de rehacerse las relaciones mutuas entre la Iglesia y el Estado tomando como punto de referencia principal el Arzobispado de México. En la segunda parte aborda una serie de cuestiones en donde los desacuerdos, alianzas, concertaciones y opciones no siempre fueron tranquilos, aun entre los mismos católicos. Es por esto que titula a la parte en cuestión "Problemas y conflictos". De modo que la autora nos pone en contacto con una serie de temas que aún hoy son problemáticos: los bienes de la Iglesia, la educación, el surgimiento de agrupaciones de diverso signo (comunismo, fascismo, sinarquismo, Partido Acción Nacional), la fundación de la Acción Católica, las relaciones con grupos religiosos y seculares (protestantes, masones y judíos) y, finalmente un interesante capítulo sobre la Iglesia en la cultura.

Debemos reiterar que el estudio de Martaelena Negrete ha adquirido una gran actualidad —que probablemente ni ella imaginó cuando inició su acuciosa investigación— en vista del desarrollo que ha tenido en los últimos meses el sistema político mexicano. Casi todos los "problemas y conflictos" que aborda han vuelto a ponerse sobre el tapete de la discusión. A lo mucho que se ha vuelto a decir sobre el tema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado contribuirá el texto de Negrete ofreciendo una perspectiva mesurada y racional frente a un problema frecuentemente agitado y distorsionado por intereses ya caducos o superados. En este sentido, el libro es un golpe de muerte a la apologética que parece revivir en algunos medios clericales, como también es un golpe fatal al jacobinismo. Todo esto porque la autora, al suponer el enraizamiento del factor religioso en la cultura política mexicana, explica históricamente cómo funcionó este factor en la década de 1930-1940. La nueva intransigencia y el nuevo jacobinismo mucho habrán de ilustrarse al profundizar en los análisis de la doctora Negrete. En su libro se expresa con propiedad hasta dónde pueden llegar los extremos, la exacerbación de sentimientos, la falta de ciencia o la falsa conciencia de ella, el fanatismo, etc. Es más, al subrayar la grave crisis de identidad en la que se vio envuelta la

iglesia mexicana luego de los arreglos de 1929, cualquier estudioso de la historia podría plantearse muchas preguntas y respuestas al compararla con la historia de otras iglesias latinoamericanas.

Por último, quisiéramos resaltar lo atinado de incluir como parte del contexto algunos aspectos que en ocasiones son olvidados por los historiadores. Destacamos en primer lugar, el análisis sobre la moralidad católica. Algunos de los elementos de esa moralidad son ya cosa del pasado, aun en los ambientes católicos (modo católico de hacer y ver cine, de ir al campo deportivo, de limitar el ejercicio físico y, desde luego, de prohibir bailes y otros eventos sociales). Y en esto reside precisamente el acierto de haberlos incluido en un libro de historia. En segundo lugar, el libro ofrece un novedoso e interesante análisis acerca de los intelectuales católicos mexicanos. Como lo afirma la autora, esta sección “merecería un estudio más amplio y completo”; pero no por ello deja de tener importancia en el conjunto de la obra. Siguiendo el criterio del padre Octaviano Valdez, encuentra que el desarrollo del socialismo y de la propia doctrina social de la Iglesia es el denominador común que iguala las preocupaciones de estos católicos. Quizá el tratamiento general del tema llevaron a la autora a hacer alguna afirmación que merecería mayor precisión, como cuando se refiere a la actitud crítica de los intelectuales católicos ante el porfirismo y ante el huertismo. Como en la relación no aparecen los nombres de Trinidad Sánchez Santos, Eduardo J. Correa, José Refugio Galindo, Enrique M. Zepeda Rincón, Carlos A. Salas López, Alfredo Méndez Medina y otros más, es probable que se haya pensado que no hubo también una crítica de los católicos tanto a la política de los últimos años de Porfirio Díaz como a la usurpación de Victoriano Huerta. De todas formas esta precisión no desdice la excelente síntesis que sobre los intelectuales católicos nos ofrece el último de los capítulos del libro.

Para concluir, debemos resaltar con la autora el problema de la continuidad y el cambio que experimentaron tanto el Estado como la Iglesia en la década de 1930-1940 y que aún siguen teniendo. No es necesario insistir en que libros como el de la doctora Marta Elena Negrete son indispensables no sólo para el historiador sino para el político, el eclesiástico, el intelectual y, en general, para quien intente ver con ojos críticos un problema que parece, las más de las veces, irresoluto en la historia mexicana.

Manuel CEBALLOS RAMÍREZ
El Colegio de la Frontera Norte
Nuevo Laredo, Tamaulipas

